

Murcia: Un mes, 1 peseta. Resto de España, un trimestre, 3'50 id.

Precio de la venta 5 cént. ejemplar y 25, 75 céntimos

REDACCION Y OFICINAS: SAURIN, 4.- MURCIA.

Año I

MURCIA.-Jueves 29 de Noviembre de 1906

Núm. 78

El Demócrata

DIARIO DE LA TARDE

Publicidad

LOS ANUNCIOS DE TODAS CLASES A LOS PRECIOS SEGUN TARIFA.

TODA LA CORRESPONDENCIA Y GIROS DEBEN DIRIGIRSE AL DIRECTOR GERENTE

NO SE DEVUELVEN LOS ORIGINALES

Solución de la crisis

La crisis no pudo ser más repentina ni asombrar más á todo el mundo. Si dos días antes se hubiese anunciado, se habría asentado á la nueva; pero ayer, costaba algún trabajo. Y sin embargo, jamás con mayor certeza anunció cosa alguna el telégrafo.

El Ministerio, que al entender de todos se afirmaba cada vez más, cuando se veía horro de peligros, cuando rebasó el día de inquietud, el lunes, por una de esas fases que presenta á ratos la política, se veía envuelto en las redes de la actualidad, apareciendo en crisis.

El júbilo conservador, atribuyéndose la victoria, contrastaba de manera extraña con la reflexión liberal, que observaba con meridiana claridad las dificultades, los obstáculos invencibles que para las huestes del Sr. Maura se presentaban; y esta reflexión, que para muchos pareció interesada, no podía ser más lógica. Los conservadores, cortado bruscamente el desarrollo del programa democrático, en ningún caso podían porque si volver al poder. Para eso había necesidad de que la virtualidad del credo liberal fuese fingida, y como no podía ser así, las ilusiones subsiguientes á las noticias de la dimisión del gabinete resultaban prematuras, aventuradas.

En el estado que está hoy la política, difícil, casi imposible era la confirmación del rumor; pero como de un lado había un gobierno dimisionario y del otro un partido ansioso de poder, ni á ciencia cierta podía afirmarse una cosa ni negarse la otra. Los rumores, pues, tenían en su abono algo notable, y por ende, su explicación la actitud de los liberales.

Una crisis en España siempre es lamentable; pero nunca tanto como en la época presente. El periodo de transición que atravesamos exige estabilidad, firmeza; que las cosas se encarrilen convenientemente y se efectúen conforme á razón. Una variación en la forma política, puede ser la agravación del malestar existente. La misión del jefe del Estado, así, resulta árdua en extremo, si ha de resolver, como hace, mirando por el interés de la patria. En el presente caso, tal dificultad se aumentaba con el pleno conocimiento de que el país no gusta de los conservadores, incapacitados más que nunca para el mando por su unión con los carlistas, haciendo del de éstos casi un programa común.

Don Alfonso, que sigue con interés el desarrollo de la política española, aquilatando hechos, lo ha comprendido á tiempo. En su consecuencia, vista la negativa del general Lopez Dominguez, á proseguir gobernando, creyendo como todo el mundo cree, encargó al ilustre estadista Sr. Moret que forme gobierno, encargo que éste habrá cumplido á estas horas.

¡Era la única solución que tenía el asunto!

Entremeses

Está visto. Tenemos en Murcia un *angel* no tutelar que cuando afirma cualquier suceso político... ocurre lo contrario.

¡Moret le matado al Gobierno, pero se mató también!

Esa fué su frase. Y, en efecto, encargan á D. Segismundo la formación de Gobierno. ¡Eso es olfatear!

¡Advertimos á nuestros lectores (que si los tenemos) que se nos pone carne de gallina... mercantil, cuando escribimos cualquier inocencia acerca de algún *super-hombre* más ó menos angelical.

Porque, á lo mejor, viene el corresponsal de un pueblo y escribe unas cuartillas contra el caciquismo. ¿Y qué hacen los personajes? ¡Suprimirnos una peseta. Y sitiarnos por hambre.

Lo mismo que en las malas comedias, ahora se explicarán ustedes la razón de que siempre vaya bailando en estos «entremeses» algún Don Nadie más ó menos Doctor... al *cuyo*.

Aquellos son *pesetófobos*. Y estotros, no.

Como tampoco lo es, nuestro muy querido maestro Tornel.

Al contrario: éste es generoso.

Y cuando nosotros no le decimos nada, se lo dice él.

Véase su «Diario», que no es diario, de esta mañana.

Nos asegura que discurre *al absurdum*, para aclarar.

Y, *tableau*; se equivoca.

Pero nosotros, estamos seguros que cuando D. José auguraba el Poder para Montero Rios, no lo hacia de buena fé.

Porque al final de su crónica, y después de un anatema contra todos los gobiernos liberales, se descubre su creencia de que Maura sería el elegido.

Preparándose para dedicarle un canto á su Profeta.

Noticia importantísima.

Esta tarde han conferenciado D. Angel Guirao y D. Teodoro Dánio. Meditemos.

CRÓNICA

PALLIDA MORS

En Toledo ingresó en el hospital una niña hidrófoba, que fué mordida por un perro. La había visto un *saludador* y dijo que no tenía nada.

Un periódico

leyendo los periódicos se saben cosas peregrinas. Parece que el progreso se detuvo en las faldas de los Pirineos. De día en día, si hacemos caso de lo que nos cuentan, ¡vemos que el sentido común es el menos común de todos los sentidos. No hay ni buen juicio ni razón. Todo, ó casi todo, revela salvajismo, bestialidad. Cuando no es por un hecho como el ocurrido en Caravaca, es por uno cual el de Toledo, donde, en pleno siglo XX, se hace caso todavía de *saludadores*. No hace mucho un curandero de esta laya, en Logroño, asfixió á un mozallón haciéndole entrar en un horno encendido, para curarle el reuma. Y tampoco hace gran tiempo, otro profesional, con «arena frita», envió al otro mundo á un mozo que deseaba curarse un catarro pulmonar.

La prensa, que refiere las nuevas, en vano lucha por abrir los ojos á los infelices que se entregan en manos de sus verdugos. En primer lugar, antes que combatir á esos falsarios, habría necesidad de cerrar contra los médicos titulares, principales responsables de cuantas atrocidades se cometen por los curanderos de oficio. Comparados unos con otros, más reprobación merecen los médicos.

La misión de éstos, simpática de suyo, cada día se hace más antipática, y valga el dualismo de la frase. No concediendo atención al número indeterminado de familias pobres que existe en su distrito, dejan el campo en poder de los vividores que pasan con el nombre de curanderos. Y, naturalmente. Entre gastarse dos pesetas en un profesional con título á emplear cincuenta céntimos en uno sin él, la elección no es dudosa para el que no dispone con frecuencia de dicha cantidad. Lo que sucede entonces no es difícil de averiguar. Cuando los simples empleados no son peligrosos, el paciente

sana, si la enfermedad no es de cuidado; más cuando no lo son, se muere tranquilamente. El titular, mientras ocurre esto, se queja de su sueldo, hablando del «gran trabajo que tiene» y que, en la mayoría de las ocasiones, no hace, por aquello de que no se gastó 15.000 pesetas en seguir la carrera para imitar al sastré del Campillo.

El único que podía hacer algo por los infelices desheredados de la fortuna, el pueblo, no se preocupa de ello. Como casi siempre el titular va á su distrito por recomendaciones, á pesar de la parodia opositiva, considera que el mismo que le llevó á allí, lo sostendrá, y calla. Así hemos visto que, habiendo los periódicos denunciado algunas veces la conducta antihumana de los titulares, estos ni se preocuparon ni tuvieron que sufrir lo más mínimo en sus intereses. ¿Ha visto alguien á un titular perjudicado por ahondando en su misión? ¿Se vio alguna vez á uno enredado en las mallas de la justicia por negligencias culpables? Pocos serán los que puedan responder afirmativamente.

El caso Toledo, con ser lo doloroso que es, no debe de sorprender á nadie. La sorpresa sería lógica si no supiéramos lo que suele suceder; mas sabiéndolo, no. Por sobre el hecho está la razón. Cubriendo al lamentable accidente vemos una cosa no menos lamentable. Si en vez de llamar al *saludador*, llaman al médico del distrito, éste no vá, y tanto monta el morir con falsas prescripciones que por falta de asistencia. Entre una y otra cosa sólo media una fórmula. Y cuando la Intrusa se mezcla en un asunto, las fórmulas sirven únicamente para cubrir las apariencias, no para atajar lo irremediable. Tanto dá, pues, que sea *saludador* ó médico titular quién acabe con uno...

RODRIGO DE VIVERO.

ESCENA...

Sacristía de Iglesia muy visitada por los creyentes

Habitación de regulares dimensiones, en la que hay viejas cajoneras de color verde obscuro; sillones antiguos con asientos y respaldos de cuero. Encima de una cajonera una imagen de Cristo clavado en la Cruz, obra de algún mal aficionado á la escultura; colgados, sin orden, de las paredes varios cuadros antiguos en los que se quieren representar santos y santas famosos por sus extraordinarios milagros. Poco luz.

Padre Ventura y Acólito. Después el Padre Daniel.

P. V.—Bien sabes que no quiero vino ordinario para consagrar.

A.—El añejo se ha terminado.

P. V.—Pues traeme una botella de jerez. ¡Pronto!

A.—(Disponiéndose á marchar.) ¿Marca?

P. V.—Misa (Sale el muchacho) Ningún vino mejor para la misa, que el que como escudo heráldico del fabricante lleva en la etiqueta el nombre del santo sacrificio.

(P. Ventura se sienta en un sillón junto á la puerta que comunica con la Iglesia. P. Daniel entra precipitadamente.)

P. D.—Santos y buenos días.

P. V.—Por siempre alabados sean.

P. D.—(Sentándose en otro sillón, próximo al primero.) Noticias, padre Ventura, noticias.

P. V.—¿Malas?

P. D.—De las buenas.

P. V.—¿Son ellas?...

P. D.—La protección de nuestro San Ignacio, que jamás abandona á los honrados creyentes.

P. V.—¿Y se trata?

P. D.—De un nuevo triunfo para la santa causa. Hay crisis.

P. D.—¿Motivada?

LA SEÑORA

Doña Francisca Campillo Selva

Ha fallecido á los 68 años de edad

Habiendo recibido los S. S. y la bendición Apostólica de S. S.

R. I. P.

Su desconsolado esposo D. José María Cánovas Giner, del Comercio de esta Ciudad, sus hijos D. Antonio, D. José María, D. Miguel, D.ª Margarita y D.ª Carmen, su hermano, sobrinos y demás parientes;

Al participar á sus amigos tan sensible pérdida, les ruegan encomienden su alma á Dios y asistan á su funeral y entierro que tendrán lugar en la Parroquia de Santa María mañana 30; el primero á las 7 y el segundo á las 10, favor por el cual les quedarán sumamente agradecidos.

Murcia 29 Noviembre de 1906.

Eb duele se despide en las Agustinas.

Casa mortuoria: San Patricio, 6.

No se reparten esquelas.

P. D.—Motivada no sé por quién; no nos interesa saberlo; lo único importante es nuestra victoria, en la lucha empeñada con esos impíos y descreídos aliados de Satanás.

P. V.—Luego la ley no llegará á serlo.

P. D.—Seguramente.

P. V.—Y ¿seguiremos como hasta hoy?

P. D.—Quizás mejor; nuestro triunfo afianzará nuestro poder; seremos mejor que antes los pastores del rebaño, del que cuidaremos mucho no pasturá más en los floridos campos de la libertad y la democracia, y sólo coman en buena hora en los tradicionales prados de la fé.

P. V.—¡Pero estáis seguro de lo que decís!

P. D.—Segurísimo. ¿Dudáis acaso?

P. V.—De tan gratas noticias no puedo dudar.

D. D.—La Providencia, padre Ventura, es muy sabia y justa, y si por algunos momentos pareció abandonarnos, pronto volvió por nosotros, dándonos un triunfo decisivo sobre herejes, incrédulos y libertinos, que pretendían atreverse con el omnimodo poder de los defensores de la verdad, la humildad, el amor y demás virtudes. Pero bien caro les costará su osadía.

P. V.—¿Os referís...?

P. D.—A que afianzado nuestro poder procuraremos hacerles que vuelvan por el santo camino, de buenas ó por fuerza; pues bien sabéis que á nosotros se nos están perdonados todos los medios que empleemos por la virtualidad del fin que perseguimos.

P. V.—(Erolándose nerviosamente las manos y saltando de gozo.) De modo que en adelante nadie osará contra la religión y buenas costumbres y habrá moral, nuestra moral cristiana, y la fuerza estará en nosotros y nosotros seremos los directores, los amos de todo y restableceremos aquel bendito Tribunal perseguidor de incrédulos y viciosos, y nos restituiremos de los bienes inmensos que nos robaron.

P. D.—Exacto, exacto (también con júbilo.)

(Se oye por la calle gran vocerío y tumulto, se escuchan gritos de vivas y muéras.)

P. V.—(aterrorizado) ¿Que algarabía es esa padre Daniel?

P. D.—(No menos temeroso) Son los últimos gritos de los herejes en su viaje al Infierno.

Se oye una voz potente y viril que grita en la calle: «Hay que desabrazar la patria del esqueleto de la tradición»

Infinidad de voces contestan: «Desabrazémosla»

P. V.—(Tembloroso) Oremos por la salvación de los condenados.

P. D.—(También tembloroso) Es nuestro postrer consuelo. Oremos por ellos. (De rodillas rezan ambos.)

Por dentro de la Iglesia se oye un armonium que toca una salve y voces aplaudidas que la cantan, como un eco lejano. En la calle sigue creciendo el tumulto, que cada vez se escucha más próximo y fuerte, y la voz viril repite: «Desabrazémosla del esqueleto de la tradición», y millares de voces que responden: «Arranquémosla.»

GUIRAO CAÑADA.

Nuestros vinos en Francia

La Dirección general de Aduanas ha facilitado los siguientes datos referentes á la importación de vinos españoles en Francia durante los diez primeros meses del corriente año y periodos correspondientes de los dos anteriores: Lo importado en 1906 ascendió á 81.167 hectolitros; en 1905, á 121, 102 hectolitros, y en 1904 á 795,735 hectolitros.

El kaiser ante el fonógrafo

El emperador Guillermo se ha dignado conceder una sesión de gramófono al sabio yanqui E.W. Scripture, miembro del Smithsonian-Institut, que había ido á Berlin con el encargo expreso de recoger para el Museo Nacional de Washington la voz imperial.

El kaiser accedió gustoso á tan apacible deseo, imponiendo una condición inapelable.

—Le cedo á usted mi voz, mas no quiero que se haga público de ella en tanto que yo exista. Después que yo me aleje de este mundo haga usted lo que quiera.

El sábio prometió todo lo prometible; pero sus compatriotas no se han resignado á esperar Dios sabe hasta cuando. Los yanquis no saben esperar. En vista de eso, el miembro del Smithsonian Institut, volvió á Berlin, rogó, importunó, no dejó á sol ni á sombra al kaiser, hasta que Guillermo, enternecido, le otorgó el necesario permiso para que las bocinas de los gramófonos dejen escapar á torrentes los resonantes periodos del discurso imperial.

¡Oh, los yanquis!... ¡Qué maravillosos caprichos tienen!

